

Dimensiones del paisaje: un recorrido que une costa y sierra

Dimensions of the Landscape: A Journey Connecting Coast and Highlands

Mateo Granja Mendoza[✉]
Universidad de las Américas, Ecuador
mateogranjal3@gmail.com

Received:2025-05-19
Accepted:2025-05-20
Published: 2024-06-30

Palabras clave: paisaje fenomenológico; morfología arquitectónica; tipología; modos de habitar; arquitectura y territorio; Ecuador; sierra y costa; percepción espacial.

Resumen | El artículo explora el recorrido entre Quito y Guayaquil como un dispositivo fenomenológico para entender las relaciones entre paisaje, arquitectura y cultura en el territorio ecuatoriano. A partir de una narrativa perceptiva y experiencia del trayecto que conecta la sierra con la costa, el autor propone una lectura del paisaje como construcción estratificada, donde las variaciones topográficas, climáticas y sociales se inscriben en la morfología arquitectónica y en los modos de habitar. La investigación articula referentes de geografía fenomenológica, estudios del habitar y teoría tipológica para develar cómo elementos arquitectónicos —como el muro andino o el soportal costeño— condensan saberes locales y adaptaciones simbólicas al medio. Lejos de entender el paisaje como telón de fondo, el texto lo aborda como un agente activo que configura espacialidades y prácticas cotidianas. Esta aproximación crítica invita a repensar la relación entre arquitectura y territorio en clave contextual, proponiendo una mirada que privilegia la experiencia, la memoria y la dimensión sensorial como vectores de diseño y reflexión disciplinar..

Keywords: phenomenological landscape; architectural morphology; typology; dwelling modes; architecture and territory; Ecuador; highlands and coast; spatial perception.

Abstract | This article examines the journey between Quito and Guayaquil as a phenomenological device to understand the relationships between landscape, architecture, and culture in Ecuadorian territory. Through a perceptive and experiential narrative of the route connecting the highlands to the coast, the author proposes an interpretation of the landscape as a stratified construct, where topographic, climatic, and social variations are inscribed in architectural morphology and modes of dwelling. The research draws on phenomenological geography, studies of habitation, and typological theory to reveal how architectural elements—such as the Andean wall or the coastal soportal (portico)—embody local knowledge and symbolic adaptations to the environment. Rather than treating the landscape as mere backdrop, the text frames it as an active agent shaping spatialities and everyday practices. This critical approach invites a rethinking of the relationship between architecture and territory through a contextual lens, proposing a perspective that prioritizes experience,

memory, and sensory dimensions as vectors for design and disciplinary reflection.

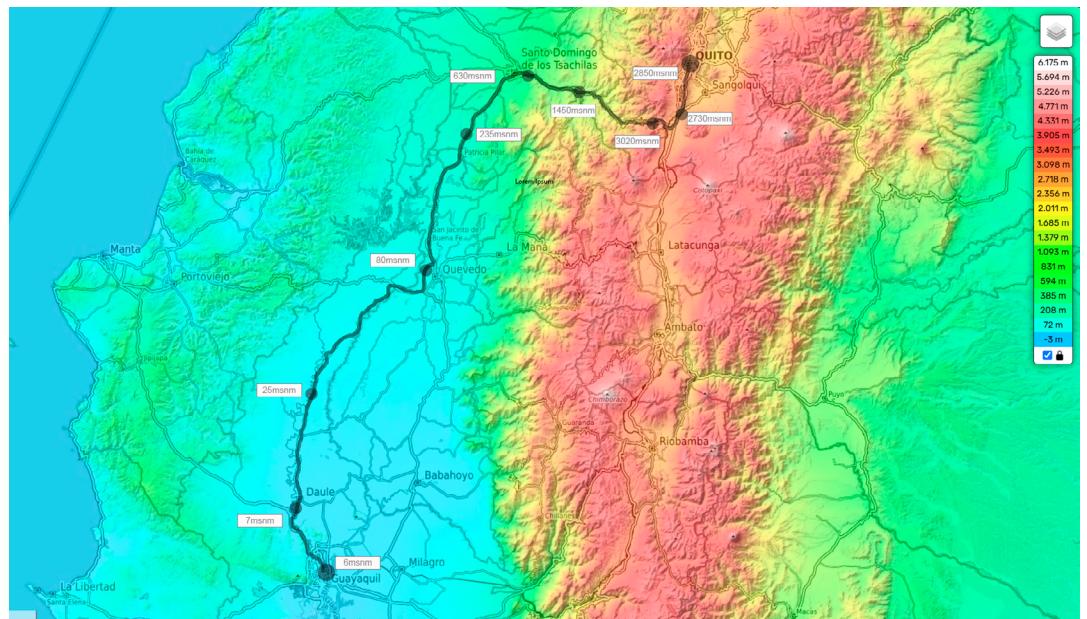
Introducción

Entre las ciudades de Quito y Guayaquil existen alrededor de 2846 metros de altura y 432 000 metros de distancia; en este trayecto, el efecto producido por la diferencia de nivel genera cambios evidentes en las configuraciones morfológicas y en las dinámicas sociales que se producen en la arquitectura. Son alrededor de 13°C de diferencia que moldean los paisajes que unen estas dos ciudades.

Si hacemos un recorrido de reconocimiento como lo hizo Smithson (1967) en Passaic (Smithson, 2006), pero en una escala mayor, para identificar las cualidades de la arquitectura y del paisaje compuesto en el trayecto Quito – Guayaquil, podríamos identificar una serie de elementos que se impregnan en nuestra memoria y construyen un paisaje mental de monumentos arquitectónicos, infraestructuras, ruinas y entornos naturales. Pero también de situaciones, maneras o cualidades del habitar que están relacionadas con los comportamientos sociales. Estas conductas están ligadas con las condiciones geográficas – climáticas, el frío de la sierra nos invita al cobijo y refugio interior, mientras que el calor de la costa invita a estar bajo la sombra exterior. En palabras de Andersson (2007) El clima constituye un componente fundamental para la interacción con el entorno físico, lo cual contribuye significativamente a la percepción de su belleza.

Imaginemos un viaje en automóvil desde la sierra (Quito) hacia la costa (Guayaquil), sin prisas, con pausas. Que nos permita sumergirnos en una aventura perceptiva que reconstruya la memoria de viaje. Experiencias que se guardan como fragmentos cargados de información que registran las transformaciones del paisaje, incorporando datos que trascienden lo visual y lo pintoresco y se apuntalan en otros sentidos. Por lo general, la primera sensación experiencial

Figura 1: Imagen digital, topographic-map.com; topografía del Ecuador. Trazo de ruta. (2025)



de cambio se relaciona con la vista, que asume rápidamente las transiciones de lo urbano a lo perimetral y a lo rural; aparece la imponencia de la cordillera montañosa que es difícil que pase imperceptible, lentamente, el cuerpo comienza a percibir las variaciones de temperatura producto de los aires fríos de las montañas andinas. Si alguna vez te detienes en la carretera junto a los campos de potreros del sector ganadero, podrás entender cómo ese olor a hierba mojada, estiércol de vaca y ordeño son parte de la belleza del paisaje. Sobre los 3000 msnm, al llegar al punto más alto de la carretera, el viento sopla helado con algunas que otras gotas de agua gélida que generan una especie de neblina densa que difumina las cumbres de las montañas; a veces, a filo de carretera aparece alguna persona bien cubierta de tela que arrea un grupo de vacas.

Cuando empieza la bajada serpenteante por la montaña el aire se torna húmedo y pesado, el corte de la roca por un lado y el acantilado al otro, generan una sensación de estrechez y opresión en la amplitud desbordada de la cordillera. Cada cierta distancia un poblado se asienta en los bordes de la carretera, los llamados de los vendedores con acento marcado a voces de gritos desde la calzada invitan a entrar en un local de paredes húmedas que vende fritadas. La cara del Poder brutal vigila las montañas. Siguiendo

el camino descendente, las hojas multiplican su tamaño y la gente se libera de vestuario, en los lados de la carretera se alinean quioscos de frutas de todos los colores y olores que surten a los viajeros que aprovechan la ocasión para amarrar una cabeza de plátano en el techo de su vehículo y proveer de fruta a la familia para lo que resta de trayecto. Campos de plantaciones se abren, aparecen las palmas y palmeras, viajas con la ventana abajo y si sientes sed, un coco helado es lo mejor para beber.

Cercos de caña guadua delimitan parcelas que en sus plantas bajas desvelan la sombra bajo las cuales descansan al viento los adultos y las abuelas; niños descalzos juegan al fútbol en canchas de tierra. Puentes de metal tejen el carretero que se corta por ríos en los cuales suele haber grupos de personas nadando, o una que otra lavando. Previo a cruzarlo, un montículo en la carretera obliga a disminuir la velocidad lo cual algunos aprovechan para ofertar la gastronomía y frutos del lugar. Las casas se levantan sobre patas, al igual que las garzas sobre los estanques de agua en cultivos de arroz, las vacas en el carretero han cambiado por ciclistas en sandalias. En los pueblos más consolidados, bajo los soportales a la calle, se genera un mundo de actividades y situaciones que combinan desde el arreglo de motores hasta reuniones de ancianos observando el paso

de los viajeros en sus automóviles. Árboles de mango en tamaños enormes proyectan sombras donde descansan animales. Una línea gruesa de color verdoso en movimiento se despliega en el horizonte y sobre ella se erigen los perfiles de los edificios que reciben de frente al visitante.

Esta descripción de fragmentos perceptivos de la ruta Quito – Guayaquil, nos permite reconocer que el paisaje no es únicamente el escenario donde se emplaza la arquitectura, sino un cuerpo vivo, profundo y cambiante que moldea la forma construida a través del tiempo y su adaptación al clima. El paisaje es fenomenológico. La morfología arquitectónica se transforma en respuesta a la topografía, la vegetación, la atmósfera y la memoria del lugar. No se trata solo de adaptaciones funcionales, sino de una resonancia estética y simbólica: la arquitectura se transforma, se engrosa, se ensancha, se aliviana, se levanta, se despega, se oculta siguiendo los ritmos del territorio. Sentimos los lugares, como menciona Sánchez (2010) el paisaje permite a la Geografía abordar la dimensión fenomenológica al considerar el espacio como una entidad construida mentalmente y determinada por la percepción individual. En este marco, los sentidos desempeñan un papel fundamental como medios a través de los cuales se interpretan los códigos culturales que configuran y dotan de significado al espacio.

La forma del paisaje construido

El horizonte de la vista es el conocimiento: Observar significa al mismo tiempo conocer. Venturi Ferriolo (2006).

La diversidad del paisaje ecuatoriano contiene una riqueza de información invaluable, observar nuestro territorio con detenimiento nos permite abstraer una serie de códigos, estrategias o sistemas que contienen claves de una identidad socio cultural arquitectónica poco estudiada. Sánchez (2010) menciona, la tarea del arqueólogo implica analizar e interpretar los códigos socioculturales que confieren significado a una realidad

material, como es el caso del espacio. La dimensión simbólica del paisaje alude a su aspecto intangible, invisible y oculto dentro de la estructura espacial de la cultura. Se refiere al entorno tal como es concebido e imaginado, configurado de manera figurativa; a la apropiación simbólica de la naturaleza; y a la comprensión del paisaje más allá de su existencia física, como una construcción abstracta cargada de significados múltiples que emanan de los lugares que lo componen, como ocurre con los paisajes rituales o étnicos. En este sentido, el paisaje se concibe como una realidad socialmente construida a lo largo del tiempo, un sistema de referencia cultural y una forma de organización del mundo en la que las actividades humanas adquieren sentido.

Observar el paisaje nos obliga a sumergirnos en una profundidad mayor que lo físico y tangible que este contiene, invita a descifrar los símbolos, significados de los lugares y las particularidades no visibles en la superficie.

El paisaje se compone de capas, de profundidades, de tiempo. Nunes (2006) explica que existen tres tipos de señales en el paisaje; señales telúricas que provienen de la energía de la matriz geológica y pueden haber sido originadas mucho antes del impacto del hombre, las señales entrópicas como energías degradativas del tiempo, que a su vez refuerzan las marcas geológicas y las señales bióticas que son las dejadas por la vida de las comunidades. Estas señales generan huellas contundentes en el conjunto de un paisaje y son capaces de generar identidad propia, así podemos diferenciar en estas categorías, la ciudad entre quebradas, la ciudad de ribera, el asentamiento de carretera. Las marcas, comenta Nunes (2006) son la esencia corpórea de las señales, en arquitectura, podríamos decir que es la espacialización informada de cuerpos arquitectónicos por la diversidad de datos de un territorio, estos cuerpos o elementos arquitectónicos se moldean para permitir diferentes maneras de habitar.

Estas expresiones corpóreas de la arquitectura adquieren nombres como cubiertas, gradas, porches, galerías, muros,

etc. Son los medios físicos con los que verificamos la información del paisaje. En Ecuador, la geografía es tan intensa, que el paisaje se convierte en medio para el lenguaje que dicta la forma arquitectónica. Desde las alturas contenidas y frías de los Andes los muros se engrosan, las cubiertas se inclinan, los paisajes se recogen, hasta las extensiones abiertas y húmedas de la costa, donde las cubiertas se alargan, los muros se aligeran, las ventanas se abren. El territorio no solo impone sus condiciones climáticas y materiales, sino que moldea la manera misma en que habitamos y construimos.

La extensión de un alero nos cuenta que la necesidad de sombra es fundamental para generar un espacio intermedio entre el exterior y el interior en zonas tropicales y costeras, este espacio tiene una intensidad de uso mayor que otras áreas, es el espacio de estar, de descanso. La ventana corta del muro de tapial no sólo expresa una condición técnica de proporciones estructurales, también habla de la necesidad de protección térmica de los espacios, llevar el mundo al interior. Tomando como referencia las definiciones de Hernández León (2016) sobre umbral y umbráculo podríamos clasificar las arquitecturas costa – sierra como extremos morfológicos en estas categorías. La arquitectura de la sierra encaja por lo general con la idea de umbral, como una espacialidad que acentúa la profundidad, que intensifica el cobijo, que insinúa la mirada. Mientras que el umbráculo se relaciona con la arquitectura de la costa, que son espacios de sombra, no niegan la relación con el exterior.

La repetición de patrones de soluciones espaciales- funcionales en la arquitectura nos permiten identificar elementos de lo común. En palabras de Martí (2014) Tipicidad y unicidad, tipo y lugar, parecen ser los términos de esa dialéctica en la que se forja la arquitectura. El tipo representa lo genérico, lo universal, lo abstracto, mientras que el lugar se asimila a lo particular, lo singular, lo concreto (p.93). Los elementos de la arquitectura son universales, están presentes en todas las culturas y tiempos, se repiten constantemente; las variaciones ejercidas por el lugar en estos elementos imprimen

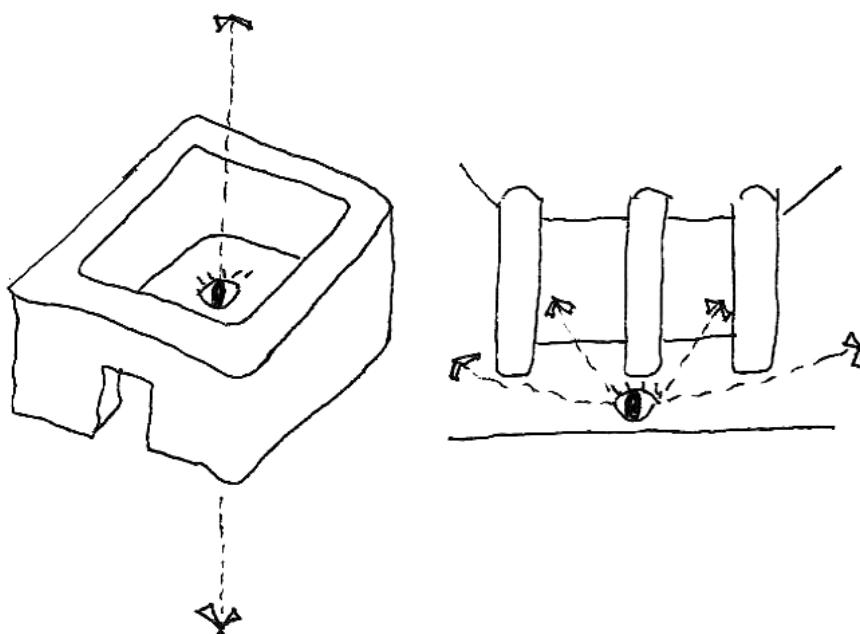
identidad, generan pertenencia. Enfatiza Martí (2014) de manera que todo intento de acuerdo o de diálogo que la arquitectura instaura con el sitio acaba confirmando la recurrencia de la idea, la persistencia del tipo (p.99).

Estudiar los tipos de arquitectura en el paisaje tomado como ejemplo nos obliga a desprendernos de la condición de distancia y adentrarnos al entendimiento experiencial de lo construido. Significa pasar del límite del paisaje al encuentro con el lugar. Como nos explica (Lassus, 2016) si alguna vez podemos acercarnos, en el mismo momento en que llegamos a él, el paisaje se convierte en lugar... Destruyendo el paisaje he descubierto un lugar, una sucesión de lugares, se ha descompuesto en infinidad de fragmentos convertidos en objetos de los que exploro lo oculto. Llegar a los lugares que están contenidos en los paisajes llevan a situaciones inmersivas, a experimentar perceptivamente lo que era lejano, ese contacto con el espacio, ese momento, el mismo autor lo encaja dentro de lo que denomina “escala táctil” (Lassus, 2016), en la cual podemos constatar con nuestro cuerpo lo que antes era visual, intuitivo o especulativo. Sentimos y medimos. El Espacio nos conduce hacia la dimensión física, material y económica del Paisaje; y la Percepción, hacia su dimensión sensorial, ideal y simbólica.

Para exemplificar estos elementos del paisaje en su escala táctil podríamos estudiar dos casos que fácilmente los podemos asociar con su lugar de pertenencia y con la complejidad de las dinámicas que generan. El soportal presente en las ciudades costeñas, son un elemento arquitectónico que marca un sistema espacial ligado a las dinámicas sociales y climáticas del lugar, son espacios que permiten, por la información experiencial asimilada, ser clasificados, adquirir grado de tipología y ser ubicados geográficamente; eso no significa que no podamos encontrar algún caso importante en localidades de la sierra, pero sí es más común y eficiente en zonas de mayor temperatura y humedad. El soportal es marca y tipo, porque está presente en el imaginario de la gente, es un símbolo de la manera de hacer calle, es el soporte de una serie de dinámicas

Figura 2:

El muro y el soportal. (2025)



comerciales, de encuentro y reposo. Está dimensionado, tiene códigos y reglas, tanto así que la Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil lo tiene normado. En el Art. 11 Soportal corresponde al área cubierta en planta baja, de propiedad privada y uso público para circulación peatonal 2,40m de ancho efectivo Altura mínima de 3,50m y máxima de 6,00m. (M.I. Municipalidad de Guayaquil, 2000). Lo más interesante es que en estos 2,40m de profundidad cedidos al espacio público aparece la sorpresa y la oportunidad, el portal con una nueva capa de profundidad que transforma radicalmente la manera de vincularse con la calle. Es el espacio necesario para que la calle se alimente de actividades y personas que a su vez construyen el sentido de lo cotidiano.

En el intento por identificar un elemento espacial característico de la región andina, de donde provengo, me encontré con una dificultad que quizás sea un síntoma común de lo que nos es cotidiano: el hallazgo no resultaba evidente. A diferencia de lo que ocurrió al observar la arquitectura de la costa, donde gracias a la distancia y el contraste con lo que me era común, el soportal se reveló rápidamente como un elemento espacial identitario.

Exploré sin éxito varias referencias historiográficas en busca del equivalente al soportal en la arquitectura andina. A lo largo de la elaboración de este texto, el libro Blomberg Quiteño (2010) permanecía presente en silencio. Su presencia tendría un papel significativo, ya que contiene un compendio de fotografías que, desde su portada, destacan la belleza del muro como elemento esencial de la arquitectura de la sierra.

El muro consigue traducir, a través de elementos reales, sensibles, las ideas que generan toda arquitectura. El muro está directamente vinculado al espacio arquitectónico; es su conformador. La idea, el muro en sí mismo, las ausencias de los muros y las relaciones entre muros, que establecen el espacio, están vinculadas en la Arquitectura. Será diferente su relación y su orden jerárquico según si hablamos de espacios estereotómicos o tectónicos, pero tal relación existe. El espacio lo crean los muros que nacen de la idea (Aparicio, 2000).

La arquitectura de los andes se adapta a las pendientes pronunciadas haciendo cortes en la tierra para sostenerla, la traza urbana se ha incrustado en la topografía. Las formas son compactas, las cubiertas inclinadas para

direccionar la lluvia y la retención térmica, los espacios interiores se cierran al exterior para protegerse del viento y del frío. La arquitectura responde a un paisaje vertical que emerge del suelo mismo. El muro es la misma piedra y tierra, el muro es profundo, enmarca y sostiene, el muro contiene y separa. El muro en la sierra se excava, se penetra, se convierte en el umbral que conecta el exterior con el interior, el muro es espacio y transición. El muro permite el refugio hacia el interior, promueve lo íntimo. El muro se abre para puntualizar la mirada y para conducir la luz; para invitarnos a descubrir la magia del interior. Para Canziani (2022) en las ciudades y territorio andino la arquitectura es elemento de intermediación que articula el territorio con los cielos; los muros son los que limitan el horizonte y focalizan la mirada al centro, refuerzan las relaciones verticales.

La arquitectura en el Ecuador no es homogénea ni uniforme, sino una respuesta compleja al paisaje, el vínculo con el entorno natural no es solo funcional, sino simbólico: se construye con y para el paisaje. La forma no solo obedece a condiciones técnicas, sino también a modos culturales de habitar. Cada territorio configura su propia poética constructiva, y en esa diversidad morfológica reside una riqueza invaluable para repensar la arquitectura desde lo local y contextual. En palabras de Pallasmaa (2016) habitar es un acto simbólico e, imperceptiblemente, organiza todo el mundo para el habitante. Además de nuestras necesidades físicas y corporales, también deben organizarse y habitarse nuestras mentes, recuerdos, sueños y deseos. Habitar forma parte de la propia esencia de nuestro ser y nuestra identidad.

Referencias bibliográficas

- Aparicio Guisado, J. (2000). El muro, concepto esencial en el proyecto arquitectónico: la materialización de la idea y la idealización de la materia. Editorial Nobuko.
- Andersson, S. (2007). Belleza. En D. Colafranceschi (Ed.), Landscapes & series: Landscape (p. 29). Editorial Gustavo Gili.
- Canziani, J. (2020). Arquitectura, ciudad, territorio y paisaje en los Andes centrales [Video]. III ciclo de charlas arqueológicas de la Facultad de Arqueología PUCP.
- Hernández León, J. (2016). Ser paisaje (pp. 108–109). Abada Editores.
- Lassus, B. (2016). Paisaje. En D. Colafranceschi (Ed.), Landscapes & series: Landscape (pp. 67–68). Editorial Gustavo Gili.
- Martí, C. (2014). Las variaciones de la identidad: Ensayo sobre el tipo en la arquitectura (Colección Arquia Temas, núm. 36, p. 93). Arquia.
- M.I. Municipalidad de Guayaquil. (2000). Ordenanza sustitutiva de edificaciones y construcciones del cantón Guayaquil (Capítulo I, artículo 11).
- Nunes, J. (2006). Señales. En D. Colafranceschi (Ed.), Landscapes & series: Landscape (pp. 170–171). Editorial Gustavo Gili.
- Pallasmaa, J. (2016). Habitar (p. 8). Editorial Gustavo Gili.
- Sánchez, P. (2010). Las dimensiones del paisaje en Arqueología. Munibe (Antropología–Arkeología), 61, 139–151.
- Smithson, R. (1967). Un recorrido por los monumentos de Passaic, Nueva Jersey. (Ed. 2006). Editorial Gustavo Gili.
- Smithson, A. & Smithson, P. (2006). The Charged Void: Urbanism. The Monacelli Press.
- Venturi Ferriolo, M. (2006). Mirada. En D. Colafranceschi (Ed.), Landscapes & series: Landscape (p. 29). Editorial Gustavo Gili.
- Archivo Blomberg. (2010). Libro de fotografías de Rolf Blomberg que capturan la vida cotidiana de la ciudad entre los años 40s y 60s. Archivo Blomberg.